

tas Orfeo (hijo de Eagro y de Calíope) y de Lino (hijo de Apolo y de Urania), se insiste en esa progresiva *degradación* de las Eras de la historia de la humanidad.¹²

Pero, ¿cuál es el fruto que tienta con tanta intensidad al hombre para llevarlo a concluir con una Edad tan feliz? Los autores clásicos, empezando por Séneca, son unánimes en señalar que el *fruto del mal* es «la perversa nave», con la cual se abandonan por primera vez las orillas del «propio litoral». Las «acertadas leyes de división del mundo las llevó al caos un pino de Tesalia», se explica en *Medea*, recordando cómo la nave Argos fue construida con pinos del monte Pelio en Tesalia para transgredir el límite de lo conocido, el Ponto Euxino. La navegación trae nuevamente el caos al mundo al permitir la comunicación entre las partes del mundo separadas por el orden natural, tal como se lamenta el Coro:

Nada ha dejado en donde antes estaba el orbe, cuando se ha hecho transitable. Cualquier pequeña barca boga por alta mar. Toda barrera ha sido eliminada.¹³

Por su parte, Ovidio hablando de la Edad de Oro la delimita cronológicamente al tiempo en que:

No había sido aún cortado el pino en sus montañas y no había descendido a la líquida llanura para visitar un mundo extranjero, y los mortales no habían conocido otros litorales que los de su país.¹⁴

Albio Tíbulo también establece el fin de la Edad de Oro en el momento en que «el pino ahuecado» flota «desafiando los mares».¹⁵ La conclusión es clara y terminante: el equilibrio del mundo basado en el aislamiento de sus partes se ha roto a causa de la navegación que las ha puesto en contacto.

Para entender el verdadero significado de esta ruptura hay que recordar que si Grecia se percibía hasta ese momento como el centro del universo, era gracias a la inmovilidad del observador y al punto de vista privilegiado que esa inmovilidad parecía otorgarle. Con la navegación aparece el punto de vista variable y, por lo tanto, relativo. Ya no hay lugares privilegiados. Así, del mismo modo que el mundo se ordenaba *alrededor* del mar Mediterráneo en la visión áurea y paradisiaca, una vez roto su punto central exclusivo, «otras tierras habitadas podrían referirse al mar Atlántico», como ya intuyó Aristóteles. Las «tierras habitadas» —es decir, los hombres que viven en ellas— se refieren a sus mares, pero no necesariamente al mar Mediterráneo que ha dejado de ser, por primera vez en la historia de Occidente, el único posible centro del universo. Un paso ha sido franqueado en la justificación de las aventuras marítimas que se preparan a la humanidad, más allá de las columnas de Hércules en el estrecho de Gibraltar.

II. La transgresión del mito

Sin embargo, en vez de asumir jubiloso las posibilidades abiertas por la navegación, el hombre clásico no hace sino lamentarse por la Edad de Oro perdida. Es interesante

¹² Autores estudiados por Antonio Antelo en artículo citado.

¹³ *Medea*, op. cit., p. 308; pp. 367-730.

¹⁴ *Ovidio*, op. cit., p. 26.

¹⁵ *Albio Tíbulo*, op. cit., p. 89.

recordar que cuando Virgilio en su *Egloga IV* de las *Bucólicas* anuncia una nueva Edad de Oro para Roma, lo hace sobre la base de que el marinero «abandone el mar» y que no haya más mercancías «trocadas por el pino velero». Sólo es posible imaginar el porvenir a partir de la desaparición de todo «rastros del engaño antiguo que mandó dar naves a Tetis». El marinero abandonará el mar y los veleros no trocarán más mercancías. El «tiempo por venir» es una simple regresión al pasado primitivo e idílico anterior a la navegación. Incomunicación y aislamiento son, una vez más, las garantías del paraíso.

«Nace el gran orden de los siglos nuevos», vaticina el poeta, invirtiendo el signo cronológico de la Edad de Oro que ya no está irremediabilmente perdida *illo tempore*. Sin embargo, este «gran orden» no es más que un pasado recuperado por la fuerza. En la visión del próximo fin de la Edad de Hierro que se anuncia bajo el reinado de Octavio la nota significativa está dada por el retorno de Astrea a la tierra, esa hija de Zeus y de Temis que se había visto obligada a refugiarse en el cielo al término de la Edad de Oro.

La recuperación futura del pasado

«Mira cómo se arregla todo por el siglo que ha de venir» —le insiste Virgilio al cónsul Polión, a quien dedica su *Egloga*— «Todo volverá a ser como fue.» Cesará «una gente de hierro y una gente de oro surgirá por todo el mundo», desaparecerá la maldad y la tierra se librá de «eterno miedo», morirá la serpiente y «de los grandes leones no serán medrosos los rebaños».

La futura Edad de Oro permitirá que la humanidad entre en una nueva época de abundancia:

La tierra derramará a haldas sus primeros dones (...) y las cabritas mismas de su grado llevarán a casa distendidas de leche sus ubres (...) y la rubia uva estará colgada de las zarzas incultas; y las duras encinas sudarán rocío de miel...»¹⁶

Virgilio no hace más que proyectar la nostalgia de un pasado perdido, la idealización inherente al *laudator temporis acti* que se transformará en un tópico de la literatura: «Todo tiempo pasado fue siempre mejor». Basta pensar en los recuerdos de Cacciaguida en el *Canto XV* del *Paraíso* de Dante sobre la época *dorada* de Florencia cuando, «en medio de tanta calma, y de tan hermosa vida por parte de todos y entre tan fieles conciudadanos», la ciudad:

Dentro del antiguo recinto donde oye sonar aún terciá y nona, estaba en paz, sobria y púdica.¹⁷

O la *boutade* de Verdi cuando exclama: «*Torniamo all'antico e sarà un progresso*», o las proposiciones de William Blake en los «Augurios de inocencia» que incluye en los *Proverbios del infierno*:

Hay que restaurar la Edad de Oro eliminando el Progreso que no es otra cosa que un castigo de Dios que trajo la Edad de Hierro.¹⁸

¹⁶ Egloga IV en *Obras completas de Virgilio*. Edit. Aguilar, Madrid, 1960; pp. 56-57.

¹⁷ *Canto XV*. El paraíso por Dante Alighieri. *Obras Maestras*, Barcelona, 1970; p. 415.

¹⁸ *Poemas proféticos y prosas de William Blake*. Barral Editores, Barcelona, 1971; p. 98.

El pasado está en el futuro, hasta en las utopías más revolucionarias y progresistas. ¿Acaso un socialista utópico como Saint-Simon no escribe en *Le Producteur*: «La edad de oro que una ciega tradición ha emplazado en el pasado, se encuentra ante nosotros»?¹⁹

Esta misma ambigüedad entre pasado y futuro se percibe en el mito del Paraíso, con el cual el de la Edad de Oro comparte muchos aspectos, porque la visión simultánea de los *dos paraísos* es el signo de casi todas las religiones. Si el Jardín del Edén está en el origen de la humanidad, el Paraíso *post-mortem* de los bienaventurados está en el futuro, porque apenas fue expulsado del paraíso terrenal el hombre buscó la Tierra Prometida de Canaán. Gracias a la fuerza del pasado feliz se puede alimentar legítimamente la esperanza del futuro.

Aunque el mito del Paraíso merece un estudio aparte, es interesante recordar que su incidencia en la primera *visión* de América resulta fundamental. El análisis del *topos* de la Tierra Prometida como estímulo primordial de la emigración, especialmente en los países donde se trasladan grupos de colonos motivados religiosamente (Estados Unidos, Paraguay y Argentina), permite descubrir su importancia, tal como destaca la profusa bibliografía que se le ha consagrado.

Pero volvamos a la Edad de Oro.

La subversión por la fiesta

Hasta ahora hablamos del mito de la Edad de Oro como una noción exclusivamente temporal, como una nostálgica expresión del ser humano intentando trascender los límites de la historia fijando el *prestigio* de los orígenes en un momento que se quiere preservar incontaminado a través de la eternidad o que se quiere recuperar en forma idéntica para proyectarlo en el futuro. Sin embargo, también es posible recuperar el pasado dorado para *confrontarlo* al presente y hacer así más evidentes los males de la sociedad de Hierro. Se puede así proponer un cambio revolucionario del *presente* por el artificio de *recordar* el pasado.

Luciano en el «Diálogo» de las *Las Saturnales* escenifica la festividad anual romana en que los esclavos vestidos de púrpura dicen a sus amos lo que quieren y reciben regalos en contrapartida. En recuerdo de la felicidad del reinado de Saturno, los romanos reviven cada 6 de diciembre y durante seis días de fiesta, los tiempos perdidos de la Edad de Oro a través de una representación que permite la *inversión* de los roles tradicionales de *Señor-esclavo*.

En el comienzo del «Diálogo», el dios Saturno recuerda nostálgicamente la época de su reinado:

En aquella edad todo brotaba sin siembra y sin arado; la tierra no daba espigas, sino panes y carnes adobadas; corría el vino en arroyos y las fuentes manaban miel y leche; todos eran buenos y áureos.

Por esta razón, mientras duran las celebraciones de esa época:

¹⁹ Citado por E. M. Cioran en *Histoire et utopie* (Gallimard, París, 1977: p. 133).